952
4

x 400-

LA

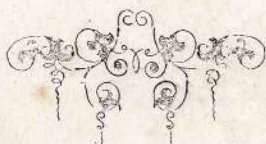
# REPÚBLICA CUBANA.



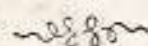
# LA
# REPÚBLICA CUBANA

POR

D. Luis Sutchet.



BARCELONA.



IMPRENTA Y LIBRERÍA DE TOMÁS GORCHS,

Calle del Cármen, número 38.

1870.




NO CIRCULANTE

PROCEDENCIA Compra Avellaneda
4-54150 199-05 94
FECHA 91-09-03 $20.00

11875

Es propiedad del autor.

9-052
CUT
R

# LA
# REPÚBLICA CUBANA.

## I.

Los insurgentes de la isla de Cuba, nacidos de padres españoles, no se avienen á ser españoles. Quieren imitar á los demás hispano-americanos, quieren emanciparse tambien de la madre patria, y constituirse en república democrática. Poco tentador parece á las personas mas ilustradas de ambos mundos el ejemplo que las repúblicas hispano-americanas ofrecen desde sus principios hasta los presentes tiempos; pero, por lo visto, el ódio á la sangre española, es decir, á su propia sangre, puede mas en los criollos desafectos que la experiencia y la razon. Por fortuna, no todos los criollos son enemigos, pues hay entre los mismos un buen número que piensan de muy distinto modo, de todo corazon adictos á la buena causa, segun así lo están acreditando con sus actos, por mas que al principio de la insurreccion pudiera creerse lo contrario.

Respecto á los que reniegan de su sangre, ó de su orígen, consérvase en algunas comarcas de Cataluña un antiguo adagio que dice, literalmente traducido: «No es bueno «el pájaro que su nido aborrece» modismo popular con que aquellos sencillos habitantes suelen expresar su indignacion contra cierta clase de apostasías harto *criantes,* permítase un adjetivo muy usado allende los Pirineos. Sin embargo, un refran mas ó menos poético, puede no ser suficiente para juzgar á hijos que detesten á sus padres: examinemos, pues, desapasionadamente el ódio de los insurgentes de Cuba para con sus hermanos de España; y sea la razon, la fria y severa razon, nuestro guia principal en el presente escrito.

No es únicamente en la grande Antilla, y sirva esto como circunstancia atenuante en favor de los sublevados de Cuba, donde van decreciendo en fuerza las consideraciones de órden puramente moral, de órden religioso, familial ó patriótico; prescindamos aquí, pues, de esos altos caminos, evitemos en lo posible el que se nos acuse de hacer declamacion, ó mera *sensiblería;* y al efecto nos parece que lo mejor es limitarse á hacer historia, bien que aquí forzosamente nuestra historia solo puede ser un brevísimo resúmen.

No hace todavía mucho tiempo, en 1867, los representantes de Cuba, solicitando en Madrid reformas del gobierno de Isabel II que habia deseado consultarles sobre la situacion de la isla, presentaron un informe muy bien escrito, lleno de sentimientos filantrópicos, pero lleno asimismo de lealtad á la metrópoli. Pedian libertad, latísima libertad política para los blancos, y libertad civil para los negros esclavos, haciendo con este motivo descripciones verdaderamente conmovedoras acerca de los males que de ordinario trae consigo la terrible institucion de la esclavitud humana.

En verdad que es cosa singular lo que con esos cubanos emancipadores sucede respecto á la esclavitud de los negros. Hasta hace muy poco, los criollos que en Cuba mas de liberales blasonaban, se oponian, generalmente hablando, á la emancipacion, contra la cual clamaron ya con mucha energía los diputados de Ultramar en las Córtes españolas del año 12. Hasta hace muy poco, los cubanos que en la actualidad mas decididos anti-esclavistas se presentan, vivian conspirando activamente con los esclavistas del Sur de los Estados-Unidos, preparando expediciones filibusteras para arrancar del dominio de España á Cuba, y aumentar el número y la fuerza de estrellas en la bandera de la potente república; pero nó de aquellas que lucian con todas las irradiaciones de una libertad sin mancha, sino al contrario, de las que representaban Estados que tenian por institucion fundamental la esclavitud. ¿Las célebres Conferencias diplomáticas de Ostende, qué otra cosa significan mas que el deseo vehementísimo por parte de los políticos del Sur de adquirir la isla de Cuba á todo trance, bien penetrados de que habia de llegar la hora en que sostenedores y enemigos de la esclavitud habian de venir forzosamente á las manos y pelear la batalla suprema? ¿Aquel embajador que tanto ruido metió en toda Europa, Mr. Pedro Soulé, no habia sido enviado á Madrid con el manifiesto propósito de obtener pecuniariamente la cesion de Cuba al gobierno de los Estados-Unidos? ¿y en qué campo, al estallar la guerra tan de antemano prevista, se encontró Mr. Soulé, el audaz mantenedor de la anexion de aquella isla á los Estados-Unidos? no hay necesidad de decirlo, en el campo esclavista.

Todo el mundo sabe como terminó con la derrota mas completa del esclavismo esa enconada lucha, sostenida sin embargo por los vencidos con un valor, es justo reconocerlo, digno seguramente de mas noble causa. Al ver los

separatistas cubanos derribado sin remedio el gran baluarte de sus buenos amigos los separatistas de los Estados-Unidos, hubieron de conformarse con el espectáculo de aquella para ellos dolorosa ruína, y aunque forzados á renunciar á la esperanza de formar algun dia parte de una confederacion de Estados fundada sobre la base de la esclavitud, no abandonaron sin embargo su *desideratum* separatista. Pero ya entonces fué preciso variar de táctica, creyéndose prudente condenar lo que antes se adoró y vice-versa, á fin de captarse nuevos amigos y nuevas simpatías en ambos mundos; y desde aquel momento, los mismos hombres á quienes repugnaba abiertamente reconocer una alma inmortal en el africano, no parece sino que se hallen convertidos en otros tantos Wilberforces, á lo menos con respecto al ardor con que van propagando por el órbe la doctrina abolicionista, tan maldecida en otro tiempo. Gratas han de ser siempre las conversiones en sentido del bien, y nunca es demasiado tarde para salirse de la opuesta senda; pero quisiéramos que se viese un poco menos la oreja separatista en ese nuevo y harto violento apostolado de conversos. Consideramos beneficiosa para la causa general de la humanidad la propaganda anti-esclavista, que pueda servir de estímulo á los gobiernos españoles para acelerar, en lo posible, la hora en que haya de desaparecer para siempre de toda posesion española la triste mancha de la esclavitud civil; pero consideramos igualmente muy poco digna esa misma propaganda llena de injurias, contra una nacion de la que precisamente son oriundos los mismos que las profieren ó las patrocinan, contra una nacion cuya lengua es su lengua y cuyos apellidos son los suyos mismos. No es este, sin duda, el primer ejemplo de la explosion de ódio entre gentes de una misma estirpe; muy al contrario, desgraciadamente abundan en la historia general semejantes ejemplos; pero hemos alcanzado un período de civilizacion en que, en nues-

tro humilde sentir, el partido insular cubano debiera mostrarse algo mas comedido y mas discreto en los medios que comunmente emplea por denigrar á los españoles, ya que cabalmente en nombre de la civilizacion procura ese mismo partido legitimar sus aspiraciones y sus actos. La sangre ibérica no es tenida por innoble en el mundo de la realidad histórica, y no nos parece para los nietos la mas honrosa manera de invertir el tiempo el emplearlo en infamar á sus abuelos.

El partido á que aludimos se complace, por ejemplo, en denigrar acerbamente en sus escritos á la nacion española por el mero hecho de haberse ocupado humanitariamente en 1815 la Santa Alianza en el tráfico de negros. Edificante humanitarismo ¡vive el cielo! Austria y Prusia procuraban conservar en Alemania los restos de la servidumbre ó de la esclavitud feudal, es decir, de la esclavitud blanca; la Francia tenia en sus colonias esclavos africanos cuya emancipacion final no tuvo lugar hasta el año de 1848; Rusia tenia tambien á la sazon en sus propios dominios europeos millones de hombres blancos que en realidad no eran personas sino cosas, prescindiendo de los hombres civilmente libres ó supuestos tales á quienes se le antojaba á algun gobernador moscovita vender en virtud de su capricho; y los representantes de todos estos países se hallaban invitados á interesarse en favor de los pobres africanos por los representantes ingleses, á quienes importaba ya poco humillar con cualquier pretexto á España, despues de utilizado el valor de sus hijos, y empleados los recursos todos de la Península por la Gran Bretaña en la memorable lucha contra el gigante del siglo. Y por cierto que Inglaterra, tocante á tráfico negrero, era tambien una pecadora convertida, hasta tal punto que, segun es bien sabido, en el siglo anterior habia ajustado un convenio con España para tener el monopolio de ese mismo tráfico, horrendo verda-

deramente, bien lejos estamos de pretender lo contrario; pero cuanto mayor fuere ese crímen, mayor templanza debieran mostrar al condenarlo aquellos que en conciencia no pueden arrojar la primera piedra, cosa que, en nuestra opinion, debiera tener mas presente el partido llamado cubano, so pena de exponerse á que digan de él las gentes que su reciente indignacion contra la trata es tan solo una mala comedia. Bien está que ahora los nuevos negrófilos procuren inspirarse en las páginas de *La Cabaña de Tom*, cuya ilustre autora tan anatematizada fué no obstante por los enemigos del abolicionismo al publicarse ese libro, compuesto con el laudable propósito de difundir mas y mas el sacro horror á la humana esclavitud; pero no olviden, por Dios, que puede haber maneras de evangelizar muy poco cristianas, y que la parcialidad, el egoismo, el interés material, positivo ó aparente, el espíritu de ira y de venganza, no son los mejores intérpretes para la doctrina del manso Cordero.

Pero, esto último ya podria conducirnos al terreno sentimentalista, que queremos evitar en lo posible, segun decíamos al principio; ocupémonos ahora en consignar las pretensiones de los insurrectos cubanos y de sus simpatizadores, pesando despues, en cuanto lo permita nuestra pobre balanza, el verdadero valor de esas pretensiones.

---

## II.

La teoría separatista de los desafectos cubanos es bien conocida; sus publicaciones de toda clase en América como en Europa se han encargado de propagarla por todos los conductos posibles. Sin embargo, esa teoría nada tiene de nueva, es exactamente la misma que sirvió á la América meridional para alzarse contra la dominacion española. Dicen los sublevados de Cuba que esta isla es explotada sin consideracion por la metrópoli, que el gobierno peninsular no les da libertades políticas, que la administracion está corrompida, que quieren por consiguiente legislarse y administrarse ellos mismos, que nadie mejor que ellos conoce sus necesidades, que hallándose mucho menos distantes de América que de Europa, desean desligarse de esta para unirse mas con la primera; en pocas palabras, los sublevados quieren gobierno autonómico, quieren lo que ingleses y norte-americanos llaman *self-government;* y á fin de tenerlo en toda su plenitud, como en los Estados-Unidos, se levantan en armas y proclaman tambien la república democrática; no haciendo en todo esto los cubanos enemigos sino imitar á las repúblicas de la América del Sur, atentas desde el principio á las leyes y á la historia de la república norte-americana, al mismo tiempo que para constituirse políticamente, para legitimar en lo posible, ó á lo menos para explicar con el ejemplo, su separacion de la metrópoli.

Creemos haber consignado en sustancia las quejas principales y las aspiraciones de los enemigos de España en Cuba; descartada, por supuesto, la habitual hojarasca mas ó menos fea, mas ó menos calumniosa para los españoles, con que los nuevos republicanos suelen engala-

nar sus profesiones de fé. Ahora bien, admítase por un momento que no haya ninguna razon que oponer á lo alegado por los separatistas cubanos; admítase que estos, en alas de sus ideas de autonomía y sobre todo validos del auxilio extranjero, despojen de la isla á la nacion que la ha descubierto, civilizado y enriquecido; admítase que ni aun ese resto conserve en los mares de América de su antigua grandeza la nacion española, que todo le sea por fin enteramente arrebatado; admítase que no queda ya un solo peninsular en la Habana, y que en la misma capital ondea triunfante la bandera separatista; supóngase realizado, convertido completamente en hecho lo que ahora no es mas que una vana aspiracion, y demos que los insulares pueden ya gritar sin oposicion en calles y plazas: *¡viva la república cubana!* y concedamos además que esa república está ya reconocida como Estado independiente por las principales potencias de uno y otro hemisferio. ¿Serán por esto mucho mas felices los criollos de Cuba? *That is the question.*

Puede darse perfectamente el caso en que hijos mas ó menos *despreocupados* consigan echar con toda clase de tristes pretextos á una madre de su casa, aun cuando la casa pertenezca realmente á esa misma madre por los títulos mas sagrados, y sin embargo, nó por eso acrecentarse en lo mas mínimo la prosperidad de tales hijos. Hasta pudiera suceder lo contrario; por ejemplo, si la experiencia viniese á demostrar que ni la madre era tan despreciable como pretendieron los jóvenes, ni estos tan bien dotados cual ellos mismos presumian.

Ahora bien, esta experiencia existe; las repúblicas hispano-americanas son irrefragable testimonio de que para su prosperidad no le basta á un país levantarse en son de guerra, declararse libre, autónomo, conseguir esa autonomía y aun quedarse sin un solo enemigo exterior. Ni Méjico, ni el Perú, ni ninguno de los vastos territorios

que un dia pertenecieron á España, han alcanzado ese bienestar que tan seguro creían al insurreccionarse contra la misma; muy léjos de esa soñada ventura, ya hombres muy respetables opinan que cada dia van siendo mas remotas las probabilidades de una vida social regular en los países á que nos estamos refiriendo. En efecto, cada dia que pasa confirma con mayor claridad la doctrina de los mas ilustres ingenios políticos, á saber, que las repúblicas, en especial las democráticas, ese bello ideal de tantos corazones generosos, han de tener por base la virtud, la viva, la fuerte virtud patriótica, entendida y practicada á la manera de los pueblos mas grandes de la historia. ¿Existe esa virtud en las repúblicas hispanoamericanas? la respuesta de toda persona imparcial y de alguna competencia será unánime en este punto. Esos no son gobiernos republicanos, no son mas que miserables parodias.

Bien sabe Dios que procuramos no encerrarnos nunca en las estrecheces de un patriotismo egoista, y aun nos parece difícil pueda hacerlo nadie que se inspire de buena fé en los divinos manantiales del Evangelio. Tambien nosotros sabemos inclinarnos ante las necesidades ó exigencias de la civilizacion universal, y sacrificar á esas exigencias ó necesidades, por doloroso que fuere el sacrificio; creemos comprender el sentido profundamente cristiano de estas palabras de Fenelon: «Amo á mi familia, »aun amo mas á mi patria; pero mas que á mi patria y »á mi familia amo al linage humano.»

Póngase la mano sobre el pecho todo hombre de bien en estado de juzgar con algun conocimiento de causa, y diga lealmente, si la civilizacion humana ha ganado mucho con la independencia y la democratizacion absoluta de aquellos inmensos territorios que un dia pertenecieron á la patria de Hernan Cortés y de Pizarro. Todos los verdaderos demócratas debieran protestar contra el régi-

men que en aquellas regiones generalmente se practica, pues los enemigos de la buena democracia tienen allí un arsenal inagotable contra esa forma de gobierno. Con todo, de algo puede servir esa democracia hispano-americana, y es para que con semejante enseñanza, con ese continuo ejemplo á la vista, aprendan los pueblos con plena certidumbre que bajo todas las formas de gobierno puede esconderse la tiranía, y que si el mónstruo puede encontrarse y se encuentra efectivamente harto á menudo en la monocracia y en la aristocracia, tambien mas de una vez, en América lo mismo que en Europa, la voz *democracia* puede ser desgraciadamente sinónima de *démonocracia*. Por nuestra parte, la forma de gobierno que nos parece preferible, es aquella que mejor favorezca los grandes intereses de la humanidad; y en esto no hacemos mas que conformarnos con la doctrina de muy insignes maestros de la escuela liberal. El mejor gobierno será para nosotros aquel en que mejor garantida se hallare la libertad del ciudadano contra demasías de arriba ó de abajo; pero ningun pueblo llegará á ser nunca positivamente libre, si no diere á la palabra libertad el mismo significado que le ha atribuido constantemente la verdadera ciencia política, á saber, el derecho para todos á hacer lo que no fuere contrario á la ley, con el deber de sujetarse á las prescripciones de la misma. Todo lo que no fuere ceñirse, tocante á la libertad política, al espíritu completo de la definicion que precede, es contrario á esa libertad misma. Hace pocas semanas, el presidente de la república norte-americana decia, en un documento solemne, que su gobierno debe á los ciudadanos de todas condiciones y creencias proteccion en su propiedad y en su libertad personal, pero que todo ciudadano debe asimismo obediencia á la ley, y respeto á los derechos de los demás.

Sí, cien veces lo repetiríamos si fuese menester, léjos de halagarnos el espectáculo que está dando la gente hispano-americana, quisiéramos que aventajase en altura moral á la antigua metrópoli, cómo en altura física aventajan los Andes á nuestros Pirineos. Al fin y al cabo, se trata de una rama desprendida del tronco ibérico, y ya que la separacion está definitivamente consumada, quisiéramos ver lozana y robusta aquella rama, aun cuando no fuera sino para que la comparacion con la rama anglo-sajona en el mismo hemisferio, no fuese tan humillante. Ya que por este concepto tenemos que sufrir en Europa no poco en nuestro amor propio, hubiéramos deseado á lo menos que la grandiosidad de aquella naturaleza vírgen hubiese regenerado, en lo moral como en lo físico, á los que salieron de nuestra sávia. Por desgracia, hombres de gran valía, y por cierto nada enemigos de la idea democrática ni de nuestros parientes de América, van perdiendo, segun indicábamos hace un momento, la esperanza respecto á esa regeneracion; y en verdad que los hechos, imparcialmente examinados, son poco á propósito para alimentar ilusiones, principiándose á creer fisiológicamente empobrecida sin remedio la raza hispano-americana, en gran parte á consecuencia del extraño afan con que procuró mezclar su sangre con sangre india y aun africana, merced á su frenético ódio á la sangre española, á la sangre de sus mismas venas, despues de estallar la guerra de la independencia. Esta consideracion física seria suficiente por sí sola para explicar el estado moral de la América del Sur. Ahora ese estado de degeneracion, ese descenso en la escala de la virilidad nacional, no puede ocultarse por mas tiempo; y sin embargo, bien podia preverse por lo sucedido durante esa famosa guerra misma, lo que razonablemente habian de ser repúblicas fundadas por semejantes ciudadanos.

## III.

Los habitantes de la América meridional acostumbran hablar con no poco orgullo de su guerra de la independencia; y no obstante, el escritor que de veras fuere adicto á la gran causa del progreso humano, no puede menos de sentirse muy tristemente impresionado, aun hecha por completo abstraccion de su propia nacionalidad, al estudiar con alguna detencion la historia de esa larga contienda. Dos cosas saltan inmediatamente á la vista del observador en ese estudio: en primer lugar, los terribles apuros en que durante la insurreccion de sus provincias americanas se hallaba España, apuros que la imposibilitaban enviar allí los suficientes refuerzos; y luego el auxilio extranjero, principalmente el auxilio inglés, dado á los americanos por mar y por tierra en hombres, armas y dinero. El cuerpo de ingleses que militaba con Bolívar procuró á este célebre caudillo sus mejores triunfos, reconociéndolo así solemnemente el mismo Bolívar. Aquellos separatistas procuraban cohonestar su apartamiento de la metrópoli pregonando por todas partes, como hacen los insurrectos cubanos, que esta les mandaba únicamente autoridades indignas; y otra cosa que resalta tambien en primer término en aquella revolucion, es que sus principales actores perecieron en la proscripcion, ó de muerte violenta en su propia tierra, á manos de sus correligionarios mismos. Asombra verdaderamente el número de criollos, elegidos como buenos por sus paisanos, ya del pueblo ya del ejército, fusilados ó asesinados por traidores; y sin embargo, esos traidores constituían en realidad la flor de aquellos países. El mismo Bolívar, indudablemente el primer hombre de la revolucion sur-americana, hubiera tenido, segun todas las probabilidades, el

mismo trágico fin, á no haberle sorprendido la enfermedad que en pocos dias le llevó al sepulcro, en los momentos mismos en que iba á ser declarado rebelde por no marchar al ostracismo con una pension, segun estaba formalmente resuelto; viéndose obligado, no obstante haber sido por tantos años el alma de la insurreccion en sus diversos períodos, á salir de aquel suelo cuyos moradores le debian principalmente esa famosa independencia por la que tan apasionados se mostraban.

Mirando las cosas bajo su verdadero punto de vista, con los últimos dias de Simon Bolívar, forzado por los suyos mismos á abandonar la patria, moralmente hablando, España quedaba ya vengada. El *Aníbal de los Andes,* el gran *Libertador* de América era tratado como un funcionario *gachupin* cualquiera, y declarado á su vez indigno de mandar á tan ilustre gente. Esta durísima leccion recibia al fin el mismo hombre en cuyo elogio se habian agotado todas las exageraciones de la lisonja, de quien habian llegado á publicar sus entusiastas, entre otras mil extravagancias, que todos los héroes de la antigüedad eran á Bolívar lo que un grano de arena al coloso de Rodas. Y lo mas singular en el triste remate de la vida del idolatrado jefe, es que este habia de sentir en el fondo de su conciencia cierta extraña justicia en el pago que estaba recibiendo. Despues de haber proclamado cien veces Bolívar en pomposas arengas libertad omnímoda á muchedumbres harto dispuestas á traducir libertad por licencia; reducido ya á la impotencia, mas por el clima que por las armas enemigas el ejército español, quien por mas que se haya pretendido lo contrario, no deja de presentar almas grandes y jornadas muy gloriosas en aquellas dificilísimas y largas campañas, creyó naturalmente el mismo caudillo llegada la hora de poner un dique á las sempiternas efervescencias populares; pero cuando pudo imaginar, merced á adulaciones sin cuento, que habia llegado

á ser una especie de señor olímpico, dueño de mover y calmar tempestades, se encontró con que sus mismos cortesanos se encargaron de probarle que era en realidad un Neptuno impotente. Así que Bolívar estuvo bien convencido por su propia experiencia de la imposibilidad de plantear un gobierno algo digno, sin que se estableciera el debido equilibrio entre la autoridad y la libertad; y tan luego como trató de dar de un modo estable á la primera lo que sobraba á la segunda, el mar de la opinion se embraveció aun mas en vez de sosegarse, arrojándosele de todas partes al rostro sus propias promesas, y tratándosele sin consideracion ninguna por sus antiguos idólatras de vil ambicioso y de tirano.

Y es preciso ser justos; la opinion se llamaba á engaño, pero no era enteramente sin fundamento. Las masas poco ilustradas á quienes se ofrece el eterno ideal de la libertad absoluta, ignorando que ese ideal, cual suelen ellas entenderlo á lo menos, es una quimera absoluta, tienen cierta disculpa si tomando al pié de la letra las palabras de sus tribunos mas favoritos, quieren que esas palabras se cumplan. El elefante es sin duda ninguna animal inteligente y noble, y suele no obstante hacer pagar caras á su guardian ciertas promesas no cumplidas. La masa popular, lo mismo que el elefante, suele cuidar poco de los obstáculos mas ó menos insuperables que puedan interponerse para el cumplimiento de lo prometido, por mas que á veces esos obstáculos estén principalmente en su propia ignorancia ó en su extravío; pero nosotros tenemos todo esto por bueno y por saludable, pues aun cuando nos impresionen dolorosamente ciertas caídas de hombres superiores, aun cuando sea muy repugnante cosa para todo corazon de alguna hidalguía el ver á veces á muchedumbres insensatas ensangrentarse contra sus mismos ídolos de la víspera, tenemos esto, repetimos, por bueno y por saludable, al fin y al cabo; porque adolecien-

do, como así es la verdad que adolecemos, de la manía cada vez mas incurable de creer firmísimamente en una Providencia con respecto á los humanos destinos, al considerar con alguna detencion semejantes espectáculos, imaginamos que pueden servir á un tiempo de lecciones para la soberbia de los jefes y para la credulidad de los pueblos.

A medida que Bolívar permanecia en el podér é iba adquiriendo mayor sentido práctico, podia distinguir tambien mas claramente que no es lo mismo, sobre todo para un pueblo como el suyo, hacer revolucion que hacer gobierno; y al querer por consiguiente variar de medios, por gradual é ingeniosa que la variacion fuese, llegó un momento en que la contradiccion entre su doctrina presente y la pasada fué clara, fué para todos notoria, fué completa. Despues de haber el Libertador llenado América y aun Europa de republicanismo democrático, viéndose ya en el podér y con prestigio, hubo de desechar el radicalismo en cuyas alas se habia encumbrado, y trató de establecer un órden de cosas evidentemente mas aproximado al régimen monárquico que al republicano. Siempre la misma historia. Despues de haber dado á todos los vientos la bandera de la ilimitada libertad de enseñanza, declamando sin fin contra la intolerancia española, el endiosado Bolívar suprimió cátedras, establecidas con general entusiasmo, precisamente aquellas en que podia ó debia hablarse mas ó menos de materias de gobierno, tales eran la de legislacion universal, de derecho político, de derecho constitucional; sustituyéndolas con otras cuyo objeto era principalmente la defensa del catolicismo.

Hay mas todavía. Al ver el Libertador que la fiera ya sin trabas, aunque para él asaz dócil mientras halagó sus instintos, bramaba furiosa si la presentaban nuevos frenos, por suaves que estos fueran: al saber que en no

pocas comarcas las personas mas pacíficas y sensatas se quejaban con amargura, cuando podian hacerlo impunemente, y echaban de menos con sentidas frases la dominacion española, el gobierno mismo de los vireyes; al ver el Libertador todo esto, no pudo contenerse ya mas, y ante tanta anarquía y tanta desolacion llegó á hacer la declaracion siguiente, digna por cierto de que la tengan presente cuantos se interesan por nuestra honra nacional: «Hemos alcanzado la independencia, es cierto; pero, he de confesarlo con rubor, ha sido á costa de todos los demás bienes que antes teníamos.» Así dijo Bolívar, hablando de la misérrima situacion de su patria, al dejar la presidencia.

Ya hemos dicho mas arriba que en el espectáculo ofrecido actualmente por aquellas tristes repúblicas, España quedaba moralmente vengada, y aquí puede verse como el mismo Bolívar la habia vengado ya, poco antes de morir, con las memorables palabras que acabamos de recordar, y que se guardan muy bien de reproducir los propagandistas cubanos que con tanto celo pregonan por el órbe entero las glorias del célebre campeon americano.—Cerca de cuarenta años hace que estas palabras fueron pronunciadas, y todavía no han recobrado los hispano-americanos los bienes que perdieron con la conquista de su independencia, si independencia puede llamarse la incesante tiranía de los bandos que allí por lo comun turnan violentamente en el podér.

Tampoco muestran gran celo los promovedores de la insurreccion de Cuba en decir que Simon Bolívar solia hacer gala de sus íntimas relaciones con Jeremías Bentham á quien conoció en Inglaterra; considerando al grande escritor, aun mas que como amigo y maestro, como padre. Pues bien, además de suprimir Bolívar las cátedras á que hemos hecho referencia, de tal suerte fué renegando de su pasado, de la fé democrática á la que

principalmente debia su popularidad, que hasta llegó á prohibir las obras de ese mismo Bentham, su venerado oráculo por espacio de muchos años. Figurémonos un dios ocupado en derribar sus propios altares, y tendremos la imágen del verdadero Bolívar, del Bolívar de la Historia en los últimos tiempos de su vida. Y ya que hablamos de altares, podemos añadir aquí que despues de haberse mostrado Bolívar poco amigo de la Iglesia romana, al tratar sériamente de restablecer el antiguo influjo de la misma en los corazones, no hizo mas que seguir en esto, como en otras cosas, el ejemplo de Napoleon, cuando pudo estar bien convencido el adalid americano de que la religion es el primero, el mas indispensable de todos los elementos de órden, del público como del doméstico.

Y en lo que acabamos de exponer sobre Bolívar, hemos procurado ser justos, pero de ninguna manera hemos querido ser rencorosos; sin que nos cueste ningun esfuerzo el reconocer que, no obstante innegables defectos y á pesar de haber sido ese capitan *à natura* uno de los mayores enemigos de España, merece ser colocado en el catálogo de los mas insignes varones de este siglo

---

## IV.

Hemos visto, por confesion del mismo Bolívar, que allí se perdió con la emancipacion todo cuanto puede hacer agradable la vida social, costándole nada menos que esto al pueblo hispano-americano su empeño en separarse de España. Tambien en un libro sublime, el mas sublime de todos, se halla la historia de cierto hijo que se empeñó en dejar la casa paterna por conquistar su independencia, y conseguido su objeto, hubo de hacer el triste experimento de que además de la dependencia de los padres suele haber otra mucho mas dura: la dependencia de falaces pasiones. No hay duda en que los españoles del continente americano parecen, en su mayoría, poco dispuestos á imitar en su arrepentimiento al pródigo de la Escritura, pero no es menos cierto que en nada mejora su suerte ese tenaz desvío.

Si fuera otro el estado de las repúblicas á que nos referimos, concíbese que los hijos de Cuba envidiaran su suerte; pero, desgraciadamente para la civilizacion, nada tienen que pueda envidiarse aquellas sociedades. Es incuestionable que la isla de Cuba es sin comparacion mas próspera y mas rica que ninguno de aquellos Estados, sin que sirva decir que eso es debido exclusivamente á la natural fertilidad de la isla, pues son muchos y muy vastos los territorios de varias repúblicas de la América meridional conocidos por su fecundidad maravillosa, y en los cuales reina no obstante la abyeccion y la miseria. En conciencia no puede creerse que sea muy formidable esa famosa tiranía de España en Cuba, cuando en realidad esos tan desventurados súbditos de la España monárquica viven mucho mas felices que los ciudadanos de las democracias sur-americanas, en las cua-

les la tiranía mas abierta produce sin interrupcion sus habituales estragos; solo que á esa tiranía la llaman *libertad* ciertas gentes sin reirse, capricho de estilo que, la verdad sea dicha, era ya desgraciadamente muy conocido antes que nacieran las repúblicas de las antiguas provincias españolas.

No le hace; nuestros primos de allende los mares han preferido su despotismo democrático y autonómico á nuestro régimen monárquico-constitucional, pues no debe olvidarse que en las dos primeras épocas constitucionales de este siglo, planteó tambien España en sus posesiones americanas la constitucion vigente en la metrópoli; valiéndose empero de las libertades concedidas, y muy en particular de la de imprenta, para hacer antihispanismo y pregonar independencia, en lo cual les han imitado exactamente los desafectos de Cuba, pues no han reclamado libertad política sino para convertirla en arma de mala guerra contra quien se la otorgaba. En las publicaciones inspiradas por los hombres de la autonomía cubana no se leen de ordinario, y se comprende fácilmente que así sea, grandes elogios á autoridades que hayan tenido mando superior en la isla; pero entre los pocos de quienes se habla favorablemente, cuéntanse los generales Dulce y Serrano. Pues bien, despues de la última revolucion de Setiembre, hallóse el duque de la Torre á la cabeza del gobierno de España, y fué nuevamente enviado á gobernar en Cuba el general Dulce, perfectamente dispuesto á reformar en sentido liberal el régimen de aquella Antilla segun las instrucciones que llevaba, instrucciones conformes con el espíritu de que aquellos habitantes le sabian sinceramente animado; y ¿qué ha sucedido? ha sucedido lo que sabe todo el mundo, es decir, que el duque de la Torre y el marqués de Castellflorite han tenido ambos ocasion de aquilatar la




NO CIRCULANTE
H-54150
9-052 CUT R

gratitud de muchos que se decian reformistas, y que al mismo tiempo se decian buenos españoles.

A eso tal vez se nos diga que es de pobres ingenios hablar de gratitud en cosas políticas, y que los republicanos de Cuba no hacen mas que aprovechar calculadamente todo cuanto pueda conducirles á la realizacion de su ideal. Sea así en buena hora, pero hay ideales que son simplemente suicidios. En los mismos periódicos mas favorecedores de la insurreccion cubana en los Estados-Unidos han podido leerse escritos confirmatorios de lo que acabamos de decir, reconociéndose en esos escritos que una república autonómica en Cuba es la ruína completa de la isla, y fundándose principalmente en que los cubanos son incapaces de gobernarse ellos mismos, en que carecen de aptitud para el *self-government*.

—Dado que la república cubana no pudiera conservarse, nos anexionaríamos á los Estados-Unidos— dicen los entusiastas. Tampoco este recurso es mas que un suicidio en otra forma. Puesta así en tan estrecha relacion la actividad yankee y la indolencia asaz comun en los hijos de Cuba, socialmente hablando quedarian estos muy pronto reducidos á la nada, sucediéndoles con corta diferencia lo que á los indios de la raza primitiva ó indígena, los cuales, barridos por los anglo-americanos, cada dia tienen que internarse mas en el desierto á fin de evitar su desaparicion completa.

No esperamos que nuestras razones convenzan á los separatistas de Cuba; estos, sobre todo los jefes, tienen su idea fija, tienen particularmente su ódio á España, y serian capaces de contestar al que les demostrara irrefutablemente que en efecto su separacion de España es su muerte, que optan por la muerte.

Y acerca de esta resolucion nada tendríamos que decir por nuestra parte. Una colectividad, lo mismo que un individuo, pueden hacer perfectamente uso de su

libre albedrío para perderse; por desgracia, nada es mas comun en nuestra pobre humanidad. Supóngase que nosotros estamos completamente obcecados, que nuestras razones son meros sofismas, que las aspiraciones de los republicanos de Cuba están perfectamente conformes con su propia conveniencia, y que realmente lejos de perder, hayan de ganar mucho en el cambio que al parecer con tan ardoroso afan desean; siempre tropezaremos en todo esto con una dificultad que cada dia puede ir pareciendo mas espinosa á los insurrectos. El separarse de España los cubanos desafectos es cosa asaz hacedera; mas diremos, puede haber ciertas situaciones en que la desnacionalizacion, por sério que este acto fuere, se comprende sin grande esfuerzo; pero no es lo mismo separarse de la madre patria los insulares que separar la isla, cuyo dominio pertenece á España, nó á los insurrectos, y los españoles no hacen mas que cumplir á la vez con un derecho y con un deber al oponerse resueltamente á las pretensiones de los separatistas; pues deber es y derecho á un mismo tiempo el sostener la integridad del territorio nacional.

Nosotros, al fin y al cabo, tampoco vemos un mal de todo punto irremediable en que un número dado de criollos, mas ó menos alucinados con ejemplos que ellos interpretan á su modo, renieguen resueltamente de España, poco afortunada ahora, y no quieran pertenecer á una nacion que en efecto no brilla en la edad presente por su grandeza; pero quédanle todavía á esa decaída madre hijos generosos para valerla en sus desventuras, y no tienen de seguro los criollos descontentos de Cuba por sí solos suficiente podér para quitarla lo que es incontestablemente suyo. El estado en que España se encuentre, sea el que fuere, no puede privarla del derecho de repeler en la grande Antilla la fuerza con la fuerza, por doloroso que haya de ser el ejercicio de ese derecho. Parece,

segun las noticias que se reciben al llegar á este punto del presente escrito, que los insurrectos propenden por fin á abandonar ese terreno de la fuerza en que entraron en mal hora, deslumbrados por un doble error. Creyeron á la madre patria mucho mas débil de lo que es realmente, exagerándose además en gran manera los auxilios materiales que pudieran recibir del extranjero, en especial de los Estados-Unidos, de cuyo gobierno era de prevér no habia de deshonrarse tan por completo á la faz del mundo protegiendo harto abiertamente la insurreccion cubana, cuando aun á estas horas formúla graves y amarguísimas quejas contra otras potencias, acusándolas de haber faltado á la fé internacional en favor de los separatistas del Sur durante la guerra civil, tan reciente todavía, y reclamando con este motivo daños y perjuicios de gran monta.

La parte menos culta del pueblo en los Estados-Unidos puede favorecer sin duda, y favorece en efecto, la causa del republicanismo cubano, queriendo, en su impaciencia por la realizacion de lo que oye llamar *manifest destiny*, violentar evidentemente el curso de los tiempos; bien que la experiencia va ya demostrando que todo ese arte filibustero, practicado con mas ó menos astucia, no es bastante á acabar en Cuba con la legítima prepotencia de nuestra Península, pero la gente mas ilustrada da naturalmente prueba de mejor criterio; y sobre todo, los gobiernos, obligados á ser mas precavidos, tocando mas de cerca los inconvenientes de las precipitaciones ó preocupaciones populares, procuran no dejarse arrastrar por ciertas corrientes harto impetuosas, cuyos escollos no pueden ver con tanta claridad apasionadas muchedumbres, y que aquellos que tienen el timon en su mano han de tener muy presentes, á fin de que la nave del Estado no se pierda ó sufra sobrada avería á impulsos de la ignorancia unida á la codicia. Los gobier-

nos han de observar ciertas reglas, así del órden moral como del órden político, que no pueden quebrantarse impunemente.

No ignoramos que algunos doctores se sonríen desdeñosamente al oir hablar de moral aplicada á gobiernos, y sobre todo á gobiernos en sus relaciones internacionales; pero la moral no es mas que una, obligatoria para naciones como para individuos; y, gracias á Dios, el mundo cristiano, es decir, el mundo de la civilizacion, va penetrándose cada dia mas de esta verdad; lo que, con la historia en la mano, nos fuera facilísimo demostrar á toda luz. Sí, la historia está llena de ruínas de todo género, debidas á la falsa teoría de las dos morales. Nunca ha faltado á la perversidad, y nunca le ha de faltar, fraseología mas ó menos artificiosa para cohonestar sus siniestros fines; pero el estadista sério, digno, de corazon verdaderamente recto y elevado, siente muy bien que la moral para el hombre particular y para el hombre público, sea su posicion cual fuere, es una misma. —No hagas á otro lo que no quisieras te hiciesen á tí.— Esta capitalísima máxima ha de ser tan valedera para una nacion como para un individuo, segun dice muy acertadamente un ilustre escritor inglés contemporáneo; y en efecto, ó no existe ningun criterio de discusion, ó es fuerza reconocer la profunda exactitud de la observacion que acabamos de traer á la memoria.

---

## V.

Pero, dejemos ese género de argumentacion, prescindamos de consideraciones de moralidad, como hemos querido prescindir de consideraciones de sentimiento y de hidalguía, y miremos meramente la anexion de Cuba á los Estados-Unidos bajo el prisma de los intereses materiales de estos últimos. Algun derecho tendria acaso la nacion española á recordar los beneficios, los grandes beneficios, que desde su fundacion hasta nuestros dias tiene de ella recibidos la república norte-americana; pero dénse por nulos, nos basta que la misma no pueda bajo ningun concepto pretextar agravios inferidos por España. Presumimos que no será el gobierno del general Grant quien guarde rencor á España, por haberse esta negado á complacer á los que quisieron la venta de la isla de Cuba, pues mejor que á nosotros se le alcanza al esforzado vencedor del esclavismo, y del esclavismo sistemático, hasta qué punto hubieran podido variar los destinos de esa república que tanto le debe, si á los once Estados confederados se hubiese visto unida la primera Antilla contra los federales, como así hubiera sucedido indefectiblemente á haberla cedido España, segun ya se ha indicado mas arriba.

Para los que conocen á fondo la guerra á que hacemos referencia, poca duda puede caber en que si España hubiese vendido la isla cuando con tanto empeño se la instaba á que así lo verificase, á estas horas no seria presidente de la poderosa república el gran conculcador de la esclavitud, ni quedaran afortunadamente libres cuatro millones de séres humanos. Es altamente probable que en vez del decisivo triunfo federal floreceria prepotente en los Estados-Unidos esta triste máxima:

«La esclavitud es de derecho comun;» máxima solemnemente sancionada un dia, ante el mundo civilizado, por el tribunal supremo de la república norte-americana; y sirva esto de leccion para aquellos que no ven malas nubes sino en el cielo de la patria española. Estamos casi por decir que son dignos de envidia los que nunca van al fondo de las cosas; es innegable que de esta suerte se evitan no pocos desengaños. Citemos un solo ejemplo. Varios escritores liberales, movidos de noble propósito, aplaudieron calurosamente en su tiempo la guerra de los Estados-Unidos contra Méjico; y sin embargo, está fuera de duda que aquella guerra se hizo para la extension de la esclavitud en América.

No importa; solo España ha de ser la culpada, solo ella la merecedora de todos los anatemas fulminados por los nuevos abolicionistas, cuyo celo no puede compararse sino con el celo por los mismos manifestado cuando en cada abolicionista veían el mayor de los criminales, un enemigo público de la peor especie. Hace España esfuerzos notorios para acabar definitivamente con ese mal de la esclavitud en las Antillas; pero cuantas mas pruebas da de buena voluntad, mas se la insulta. Sin embargo, los esclavos de las Antillas españolas serán emancipados, y lo serán por España, por mas que diga un escritor cubano, mas apasionado que lógico, quien, despues de acerbas declamaciones contra la infortunada España, dirigiéndose contra ella al cielo y á la tierra por no haber emancipado ya á todos los negros de sus dominios, tiene la ocurrencia de afirmar luego que no puede proceder á esa emancipacion, porque sabe bien la misma España que emancipar á los esclavos y perder luego las Antillas es una misma cosa; lo cual, si fuera cierto, como por fortuna no lo es, justificaria por sí solo á los gobiernos españoles en sus vacilaciones sobre una cuestion de tanta trascendencia; viniendo por consiguiente

de su propio peso al suelo el castillo de frases fabricado contra esta nacion, con mas ardor que buen sentido, por el cubano á quien nos referimos. Si no puede hallarse un solo hombre enteramente exento de culpa, ¿qué será de una nacion, cuya vida es tan larga comparándola con la de un individuo? Esto equivale á decir que es muy fácil hablar contra un país cualquiera, por bella que fuere su historia, pero *est modus in rebus:* es una gran lástima que no tengamos siempre todos mas presente este precepto, con tanto mayor motivo, cuanto que al olvidar este saludable principio se expone uno con muchísima facilidad á *dèpasser le but,* como suelen decir los franceses. Sucede generalmente á las naciones que viven á través de las edades lo que á los grandes rios, cuyas aguas á medida que descienden de los montes y se internan en las tierras bajas, van apareciendo menos cristalinas. Es inútil añadir que lo mismo ocurre con el hombre; la pureza, generalmente hablando, ha de buscarse en los orígenes, es decir, en la infancia. Muy jóven es la nacion norte-americana; tan jóven que aun no cuenta un siglo, y sin embargo, tiene ya sobre sí sus pecadillos; esto á pesar de que en ningun tiempo hubo varones políticos de mas elevadas dotes morales que los padres de aquella esclarecida patria. Pero, podrá decírsenos, esos tan encomiados varones tambien se separaron de su metrópoli. Sí, esto es muy cierto, pero fué para mayor gloria de su raza toda.

Y en verdad que si los gobernantes de los Estados-Unidos de América se inspiran siempre en los principios de los inmortales fundadores de la feliz república, y mas particularmente en las altas lecciones del primero de todos, de Jorge Washington, quien siempre enseñó, en práctica como en teoría, la moderacion, la rectitud y la justicia, para eterna confusion de aquellós estadistas que no creen preferibles las vias contrarias sino porque esas

son las vias de sus propios y naturales instintos; en verdad, repetimos, que si los gobernantes de los Estados-Unidos se inspiran en las nobles fuentes, en donde se aprende que los buenos frutos, los mas sanos, los mas positivos, los mas duraderos, salen del bien y nó del mal, no pensarán de seguro en arrebatar por malas artes á España, á la descubridora del Nuevo Mundo, lo que despues de sus grandes desgracias le queda en el mar de las Antillas.

Pero, dicen con extraña franqueza los mas fogosos separatistas: «la isla de Cuba está mas cerca de América que de España: América es republicana; Europa, y por consiguiente España, son monárquicas; nosotros queremos por ende que el pabellon estrellado reemplace de grado ó por fuerza en este país al pabellon español, si en efecto no es mas que un ensueño nuestra república independiente.»

Y esto encuentra su eco entre el vulgo de los Estados-Unidos, á cuyos mejores políticos, á los fieles guardadores de la tradicion washingtoniana, ha de parecer sin duda algo singular esta doctrina, muy propia de conquistadores que lleven el derecho de gentes en la punta de su sable, pero positivamente muy poco conforme con el credo de aquellos antiguos puritanos, de cuya probidad severa hablan siempre con tan legítimo orgullo sus descendientes. Es decir, segun la teoría filibustera, que los Estados-Unidos deben apoderarse de Cuba por razon de mayor proximidad, ó sea de vecindad, derecho que no se halla en los códigos de los legisladores, pero que no obstante pasa por perfectamente consuetudinario entre cierta gente que vive de tomar lo ajeno sin la voluntad de sus dueños. Esto no es decir que la teoría no haya sido con harta frecuencia practicada por los mas encumbrados gobernadores de pueblos, pero afortunadamente cada dia va apareciendo mas fea, y se equivocan por

completo los que de otra suerte opinen. Si aun en nuestros dias, esa manera de derecho que pudiéramos llamar *vecinal* se hubiese de declarar francamente en observancia entre las naciones, bien podríamos esperar la renovacion de aquellas bárbaras é interminables luchas que en realidad constituyen la principal ocupacion de las generaciones precedentes. Ya pueden, por ejemplo, Francia é Inglaterra prepararse de nuevo para volver á sus terribles batallas. No es difícil encontrar el pretexto; ese pretexto siempre está en pié. Francia no tiene mas que decir á Inglaterra, ó esta á la Francia, pues importa poco quien sea la demandante: tu país me pertenece por derecho de *vecindad*, derecho tan respetable como otro cualquiera, sobre todo bien apoyado por los cañones; y queda ya armada la pendencia. A propósito ponemos este caso de dos pueblos vecinos, bien que separados por el mar, pues en los demás, en aquellos en quienes esta separacion marítima no existe, todavia debe de tener mayor vigor el famoso derecho que nos ocupa; y si hemos escogido el ejemplo de las dos naciones divididas por el canal de la Mancha, es porque aun es menor la distancia que media entre las costas de Francia é Inglaterra que entre las de Cuba y el continente americano.

La verdad es que algunas razones de los criollos anti-hispanos son mas parecidas de lo que á su reputacion conviniera á las razones famosas que dirigia al pobre cordero el lobo de la fábula; no hay sino que el viejo leon no es todavía tan cordero como ellos llegaron á figurarse por su mal, ó mejor por mal de todos.

Respecto al republicanismo universal de la tierra americana, del que tanto hablan los separatistas cubanos, es muy posible que tal sea efectivamente el destino, como tal puede ser asimismo el destino de Europa en una época de mayor ilustracion y mayor virtud que la presente; pero entre tanto parécenos no seria de poco provecho

para los hispano-americanos todos, el que detenidamente y con la debida madurez se pusieran á reflexionar sobre su verdadero estado; teniendo nosotros la seguridad de que de ese estudio, hecho sosegadamente, habia de nacer para ellos la conviccion de que no es una constitucion mas ó menos perfecta, republicana ó monárquica, lo mas esencial, á pesar de su grande importancia, para la felicidad de los pueblos, sino el trabajo y la sensatez. Por desgracia, no son tan solo los españoles de América los que debieran hacer muy sériamente el estudio que decimos. De todos modos, ello es incontestable que si la forma republicana fuese bastante por sí sola para hacer el bien de un país, los republicanos de la antigua América española gozarian de mucha mayor prosperidad que los brasileños, quienes viven bajo otra regla: y sin embargo, harto sabemos que no es así. ¡Ojalá sucediera realmente lo contrario! no es por cierto el autor de estas líneas quien quisiera ver poco honrada la forma republicana, segun tiene ya manifestado.

Suelen complacerse además los hombres de orígen hispano que quisieran ver expulsados de las Antillas á los de su sangre, en pregonar que en la grande Antilla está principalmente la llave del golfo de Méjico, y que aun prescindiendo de la fecundidad de su suelo verdaderamente privilegiado, tiene la isla todas las ventajas posibles para los Estados-Unidos como posicion comercial y militar, cual pudiera apetecerla una potencia que aspire al universal predominio en el mundo de Colon. Pero todo esto pertenece á la misma categoría legal de que ya hemos hablado. Ocioso fuera detenernos por mas tiempo en tamaña materia, pues no se requiere ser muy lince para reconocer que derecho de *conveniencia* y derecho de *vecindad*, allá se van. En nuestro sentir, los hombres de sangre española que aun procuran avivar la ambicion del pueblo anglo-americano, con seductoras descripcio-

nes de la grande Antilla bajo el doble punto de vista de la feracidad y de la estrategia, y celebrando al mismo tiempo que las excelencias de la doctrina Monroe el abatimiento de España, pudieran ocuparse en tarea algo mas digna. ¿Qué diria el mas exaltado separatista cubano, si aquello de lo que él es dueño muy legítimo, se ofreciera con grande ahinco y sin su consentimiento por álguien de su misma familia á forasteros, excitándoles al despojo con todo género de maquiavélicos halagos?

Por lo demás, cuando los Estados-Unidos quieran de veras una estacion naval importante en las Antillas, la tendrán sin grande esfuerzo, sin que hayan de pensar por eso en apoderarse violentamente de Cuba ni de Puerto Rico.

Sutilícese cuanto se quiera, todas las edades, desde las mas remotas, han condenado la espontánea entrega de la tierra pátria al extranjero, á la par que han glorificado á los defensores de la misma. No sirve el querer cohonestar los separatistas su conducta anti-patriótica haciendo hincapié en ciertas miserias de un país que, en anteriores siglos, fué el primero del mundo en letras como en armas; á no ser que aceptemos como bueno el principio de que deben los hijos amar y sostener á una madre robusta, floreciente y rica, pero rebelarse contra la menesterosa y enferma. El deber en este último caso está clarísimamente escrito en caracteres indelebles en todos los corazones humanos. Pero, se dice, el régimen español embrutece, y nosotros quisiéramos librarnos de este embrutecimiento junto con nuestras familias. Triste cosa es en efecto un mal régimen, y todos los países han tenido respecto á este punto sus épocas nefastas; desgraciadamente, aun mas que un mal régimen político embrutecen nuestras malas pasiones. Un buen padre que quiere de veras librar á los suyos de la degradacion moral, procura dirigirles por los caminos del honor, y ninguno de esos caminos conduce á dar el suelo patrio al extranjero.

## VI.

Creemos que todo hombre imparcial convendrá con nosotros, en que no hay mas honor ni mas virtudes en el campo de los sublevados cubanos que en el de los defensores de la integridad del territorio español. A sus expensas habrán podido aprender los republicanos de Cuba, que para ser fuertes no basta el pronunciar las palabras predilectas de los fuertes, y que *libertad, independencia*, son tan solo voces vanas, talismanes de muy poca eficacia, para aquellos que no saben ó no quieren sacudir el dominio de ciertos instintos, mucho mas humillante que el dominio de España. Los criollos descontentos tienen un medio muy expedito para conquistarse legítimas y universales simpatías entre los corazones generosos: consiste ese medio en mostrar al mundo entero superioridad moral sobre los peninsulares; y cuando llegue á existir verdaderamente esa superioridad, entónces tendrán libertades escritas y gozarán de *self-government* los hijos de Cuba, sin ninguna necesidad de desnaturalizarse de España; y para conseguir tan preciado bien, sus armas han de ser la sólida instruccion y el buen ejemplo, nó el hierro ni el fuego. De todos modos, ya hemos visto que si no existen en Cuba libertades políticas, es porque en realidad se han rechazado y se ha querido violentamente independencia; en cuyos casos, aunque no sea mas que por instinto de conservacion nacional, todos los gobiernos prescinden mas ó menos de las formas legales, para obrar mas ó menos dictatorialmente.

Sígase nuestro leal consejo, y puede seguirse con tanta mayor razon, cuanto que hasta los menos inteligentes amigos de la insurreccion cubana pueden, á estas horas, principiar á comprender la inanidad de sus esperanzas

tocante á la soñada república. La república democrática es para otras gentes, para otras razas; el aire fuertemente oxigenado de las altas selvas da mayor robustez á los pechos sanos, pero por lo comun prueba muy mal á ciertos enfermos; prescribir á débiles criaturas ejercicios gimnásticos propios tan solo de hombres vigorosos, es desconocer las reglas mas vulgares del sentido comun. No faltará quien se ria de nuestras razones, y nos diga que teniendo república se aprende á ser republicano, como andando aprende á andar el niño. Andando aprende el niño á andar, sin duda alguna, pero antes ha tenido que adquirir cierto grado de fuerza, y además es indispensable al principio el auxilio de la madre ó de la nodriza.

Y eso que no nos detendremos en examinar, cuál habria de ser el destino de una república democrática compuesta de razas de tan distinta educacion, generalmente hablando, como la blanca y la de color, casi equilibradas en número de individuos, y con sufragio universal. No cabe negar que uno de los instintos mas poderosos es el de la imitacion; siempre encuentra uno á niños, en el mundo antiguo lo mismo que en el nuevo, empeñados en hacer el atleta. Sin duda los republicanos de Cuba se creyeran deshonrados no dando sufragio á los negros, como se ha dado en los Estados-Unidos, sin pararse mucho en que allí la poblacion de color es aproximadamente á la blanca como cuatro es á cuarenta, mientras que en Cuba es casi como uno á uno. Añádase á esto que el tronco norte-americano vive principalmente de la poderosa sávia anglo-sajona, que los norte-americanos de las clases mas ínfimas saben leer y escribir, y se acabará de comprender la filosofía de la democracia cubana, cuyos ciudadanos en su mayor número ignoran los mas esenciales rudimentos de la primera instruccion.

Con todo, acerca de este punto no hemos de ser muy severos, pues se nos diria que tambien hay en Europa

un país cuyos habitantes, en mas de sus dos terceras partes, están sumidos en la misma ignorancia radical, sin que esto sea obstáculo para que tengan voto, y para que ese voto pese tanto en la balanza de los destinos de la patria como el de sus primeros sábios.

Aquí nos parece que oímos exclamar á algun demócrata de imaginacion harto viva: «el que esto escribe es un reaccionario;» y sin embargo, nosotros creemos firmemente que el reaccionario, tratándose de países en que la instruccion pública se halla tan poco floreciente, es el campeon absoluto, el campeon *quand même* del sufragio ilimitado. Es incuestionable que las sociedades á que aludimos pueden dividirse en dos clases: la que no sabe leer, y la que sabe. Supóngase una liga de la primera, es decir, de la mas numerosa, contra la segunda, para una eleccion de Córtes, por ejemplo, y podrá ser muy bien que el resultado de la eleccion sea el siguiente: los ciegos dirigiendo á los que tengan vista. Y esto podria ser tan legal ó tan permitido como quisieran, pero no dejaria de ser al mismo tiempo notoriamente archi-absurdo. La escuela democrática puede gloriarse con razon de haber contribuido en gran manera á la ruína de los gobiernos de clase ó de casta; y sin embargo, prestando oídos á los ultra-demócratas, se tendria infaliblemente ese mismo gobierno tan justamente anatematizado por la democracia. Supongamos triunfante la insurreccion cubana, y funcionando sin oposicion en la isla el sufragio universal; supongamos asimismo en una votacion de trascendencia el proletariado de color unido al proletariado blanco, y quedará muy pronto consumado el suicidio de que hablábamos, á lo menos para la aristocracia criolla.

Hay dos maneras de democracia; la del sentido comun, que pudiéramos llamar de gradualidad, y la de las exageraciones y de los saltos mortales, distinguiéndose comunmente los partidarios de esta última especie de de-

mocrácia por un verdadero horror al profundo consejo: *festina lentè.*

Entre los mas grandes escritores de nuestros dias hay un inglés que ha vivido noblemente consagrado al estudio de los mas árduos problemas políticos, económicos y sociales; este sábio es M. J. Stuart Mill, quien en las últimas elecciones generales no fué reelegido para la Cámara de Comunes, con motivo de la viva guerra que le hizo en los comicios el partido que en la Gran Bretaña mas enemigo se muestra de la idea democrática. Tan animado se halla Stuart Mill del espíritu democrático, que ha compuesto un libro especial, sin contar sus discursos en el Parlamento, abogando por el derecho electoral de las mujeres. Pues bien, el mismo Stuart Mill, tratando de la extension del sufragio en la obra que tiene por título *El gobierno representativo*, se expresa como sigue:

«Yo considero de todo punto inadmisible que una persona tome parte en el sufragio si no sabe leer, escribir, y mas aun, si no sabe las primeras reglas de la aritmética. Exige la justicia, aun independientemente del sufragio, que los medios para adquirir ese saber elemental puedan ponerse al alcance de todos, ya sea gratuitamente, ya sea á un precio accesible para los mas pobres, inclusos los que han de ganar el sustento diario. Dados estos medios, no habria ya lugar á reclamacion de sufragio para el hombre que no supiera leer, como no puede haberla para el niño que no sepa hablar; y ya no seria la sociedad la que le excluyese, sino su propia pereza. Y cuando la sociedad no ha cumplido con el deber de hacer accesible para todos esa instruccion, hay en verdad injusticia, pero es injusticia á que es preciso resignarse. Si la sociedad ha dejado de cumplir con dos obligaciones solemnes, la primera que debe ser atendida, es la mas elemental, la mas importante; AL SUFRAGIO UNIVERSAL HA DE PRECEDER LA ENSEÑANZA UNIVERSAL.

Solo aquel cuyo sentido comun esté embotado por una teoría mal meditada, podrá sostener que haya de otorgarse podér sobre otro, podér sobre la comunidad entera, á gente desprovista de las condiciones mas ordinarias y mas esenciales para cuidarse á sí misma, para dirigir inteligentemente sus propios intereses y los intereses de sus mas allegados.»

Así dice M. Stuart Mill, y hé aquí como somos reaccionarios en buena compañía. Por lo demás, nos asustan muy poco ciertas calificaciones, y nunca dejaremos de tener á mucha honra el hacer reaccion contra todo aquello que nos pareciere contrario á la grande causa de la civilizacion, ó sea, del progreso humano, es decir, del imperio siempre preponderante del bien sobre el mal, de la verdad sobre el error. Aquel á quien se pretende arrebatar lo que mas amado tiene, hace naturalmente reaccion contra el que crea raptor, sea cual fuere el nombre que ese raptor tome, sea cual fuere la escarapela que lleve.

No faltan entre los desafectos de Cuba algunos hombres muy instruidos, de nobles instintos y perfectamente honorables en todo lo que no se relacione con su sentimiento patriótico extraviado; y esos son mas particularmente los que están tan persuadidos como nosotros mismos de que su república democrática independiente no puede ser, en realidad, mas que arma de circunstancias para facilitar la incorporacion del territorio cubano á los Estados-Unidos, y la cual, segun anteriormente hemos dicho, no es, á nuestro entender, mas que otra manera de suicidio. No obstante, esa incorporacion no nos parece en la época presente mas que una quimera, no tan solo por las razones que ya se han aducido, sino hasta por consideraciones que tocan muy de cerca á los intereses mas vitales de los Estados-Unidos, segun podrán juzgar nuestros lectores, y con esto daremos fin á este trabajo.

Muy superficiales observadores serán todos aquellos que no vieren en la guerra civil de los Estados-Unidos otra cosa que la esclavitud de los negros. Junto á esa cuestion está la cuestion del proteccionismo y del libre-cambio, contribuyendo en realidad tanto la segunda como la primera á que estallase la terrible discordia. Los confederados, á la par que sostenedores de la esclavitud civil, eran libre-cambistas, y á esto último fué debido principalmente el apoyo que recibieron de Inglaterra, á pesar de la monstruosa contradiccion en que á la vista de las gentes incurria la Gran Bretaña, al secundar en lo posible una rebelion en cuya bandera se leía: *Conservacion indefinida de la esclavitud civil del hombre*, despues de haber clamado y hecho tanto la misma Inglaterra contra ese principio verdaderamente espantable. Pero, sabido es que Inglaterra suele sacrificarlo todo, á veces hasta la honra, á sus intereses comerciales, en cuyos intereses está efectivamente basada su maravillosa prosperidad material; no siendo por lo mismo muy extraño su comportamiento en la ocasion á que aludimos. Los que tanto han querido denigrar á la nacion española con motivo del parangon establecido entre ella y la Gran Bretaña, olvidan el hecho de todo punto incontestable que acabamos de mencionar, es decir, la manifiesta simpatía de Inglaterra á favor del esclavismo del Sur.

Y los federales, al mismo tiempo que enemigos de la esclavitud, de la posesion del hombre por el hombre, eran proteccionistas; de suerte que en un campo, en el confederado, se peleaba igualmente por la esclavitud civil y por la libertad comercial, y en el otro por la restriccion comercial y por la abolicion de la misma esclavitud. Los Estados del Sur, casi meramente agrícolas y sin temor á competencias extranjeras, merced á la riqueza de su suelo y especialidad de productos, eran libre-cambistas; los del Norte, industriales, navieros, co-

merciantes, eran proteccionistas. El ejército del general Grant sacó triunfantes los dos principios de los federales; y no puede parecer probable, bien considerado todo, que el glorioso caudillo vaya ahora voluntariamente á sacrificar en el podér lo que tanto ha costado asegurar. La adquisicion de Cuba por la república norte-americana y la mayor extension de esta misma por territorio de la antigua dominacion española, territorio de gente libre-cambista en su mayoría inmensa, serviria indudablemente de refuerzo á los Estados vencidos para levantar de nuevo algun dia la cabeza contra sus vencedores, pudiendo, desembarazados ya del terrible mote esclavista, escudarse ahora exclusivamente en una idea económica que suele dar lugar á floridas arengas, que cuenta con numerosos y entendidos adeptos, y sobre todo con el decidido, con el poderosísimo apoyo de la Gran Bretaña, la que hace propaganda libre-cambista en los Estados-Unidos como en otras partes, bien que allí con poco fruto, á lo menos actualmente.

Es, por lo mismo, una mera puerilidad suponer tan ciegos á los que ahora mandan en la ciudad de Washington, que no hayan de fijarse en el evidentísimo peligro que correría su principio económico favorito, y el que correria además su propia importancia política, con la incorporacion de nuevos Estados en los cuales de esta suerte predomine el principio de la mas lata libertad comercial. En una palabra, esas anexiones pudieran muy bien encender en los Estados-Unidos una nueva guerra civil que variara por completo el resultado de la primera; y ó nosotros nos hallamos bajo el influjo de alguna preocupacion singular, ó esto que acabamos de decir es tan claro como la luz misma. Pueden, es cierto, los Estados-Unidos, en vista de su admirable actividad y de sus asombrosos recursos materiales, esperar que algun dia les será dado rivalizar ventajosamente en todos los

trabajos industriales con la vieja Inglaterra y proclamar tambien entónces á su vez la teoría del libre-cambio, segun así lo manifestaba muy explícitamente, hace un año, en una numerosa reunion en Manchester, el embajador americano M. Reverdy Johnson, y en este caso, realmente variarian de aspecto las cosas en los Estados-Unidos; pero entónces, ya la república de Cuba seria, con corta diferencia, lo que es hoy la de Santo Domingo, por ejemplo, una república con el imperio de pasiones particulares, mas ó menos salvajes, sustituido al imperio de los verdaderos intereses de la cosa pública.

En su último discurso presidencial, al inaugurar Grant la legislatura en Washington, declaró, segun es bien sabido, que el estado de la insurreccion en la isla de Cuba nunca habia ofrecido el carácter de una guerra formal que permitiese al gobierno de los Estados-Unidos considerar como beligerantes á los sublevados, por no tener estos *de hecho* la debida organizacion.... *The contest has at no time assumed the conditions which amount to war in the sense of international law, or which would show the existence of a* de facto *political organization of the insurgents sufficient to justify a recognition of belligerency.*

Estas fueron las palabras textuales del presidente.

Sin duda, á fin de *ménager* la susceptibilidad de los ciudadanos del americanismo mas intransigente, á quienes pudiera disgustar demasiado tamaña declaracion, tuvo Grant al mismo tiempo algunas palabras de simpatía para con los mismos insurgentes á quienes en realidad desahuciaba; pero ya antes, desde el principio de su discurso, habia hablado con alta satisfaccion, por cierto bien legítima, del aumento tan singularmente rápido de poblacion en los Estados-Unidos, diciendo que esta misma poblacion llegaba ya á 40 millones de séres humanos, y añadiendo que el actual territorio de la re-

pública era muy suficiente para alimentar abundantemente hasta 500 millones: *We are blessed.... with territory unsurpassed in fertility, of an area equal to the abundant support of five hundred millions of people, and abounding in every variety of useful minerals in quantity sufficient to supply the world for generations....* etc.

Cuando hombres de posicion elevada se dirigen oficialmente á soberanos, ora estos soberanos fueren pueblos, ora fueren príncipes, suelen acudir un poco al arte para dar á entender ciertas cosas. Para nosotros, esto, por parte de Grant, fué decir buenamente á los que en su patria se muestran, de buena ó de mala fé, pues hay de todo, harto impacientes ó violentos respecto á la teoría anexionista: «Bien podeis tener mas calma; este gobierno no ha de caer en faltas tan nécias y tan groseras como seria en estos momentos la adquisicion de Cuba por malos medios. A nuestra república no le falta tierra, muy al contrario le sobra, y le sobrará aun por largos años; cuando toda esta tierra llegue á estar debidamente ocupada, y cuando esa inmensidad de poblacion futura formare un todo mas homogéneo y mas compacto que ahora; cuando haya menos encono en los ánimos en nuestros Estados del Sur y menos peligro en la adopcion de la doctrina libre-cambista, podremos entónces ocuparnos sériamente, con toda intencion, de extender las fronteras hácia los territorios de lengua española.»

Tal creemos ser en sustancia el verdadero espíritu de las palabras que acabamos de reproducir del presidente Grant sobre el territorio poseido por los Estados-Unidos, ya mucho mas extenso que el que tenia el imperio romano en su mayor pujanza.

Y si en su mayoría los norte-americanos, seducidos por la incesante propaganda anti-hispana ó anti-europea, se apartaran definitivamente de las prescripciones de la bue-

na política al mismo tiempo que de la sana moral, obligando por fin á su gobierno á entrar prácticamente y en breve plazo en la idea de la adquisicion de Cuba á todo evento, aun cuando fuese á viva fuerza; esto, para nosotros, no significaria sinó que tambien un pueblo soberano, aun un pueblo de altas dotes, está por desgracia expuesto á grandes extravíos, lo que, por otra parte, nada absolutamente tendrá de nuevo para toda persona algo ilustrada. Y si llegara ese caso, si el pueblo de los Estados-Unidos se decidiese abiertamente por la política del despojo, podria ya afirmarse sin género de duda que la hora de su corrupcion era llegada; y entonces, así como el conde de Aranda previó el porvenir al temer los efectos de la conducta de Carlos III tan favorable á la república naciente, parécenos no hay necesidad de tener la maravillosa penetracion de nuestro ilustre estadista, para poder esperar fundadamente de la misma república un muy motivado arrepentimiento, mas ó menos próximo, por el abandono de los grandes principios que guiaron á sus fundadores. Washington, sobre todo, se distinguia por su sincera, por su vivísima fé en la intervencion de la Providencia en las cosas humanas, y la Providencia no ha de consentir que se cometan impunemente ciertos actos.

Sin embargo, á pesar del poderío de la gran república, no será nada quijotesco el decir, que si por malas artes quisiera en efecto la misma algun dia apoderarse de Cuba, no podria realizarlo harto fácilmente; porque, al fin y al cabo, tambien ella tiene su lado vulnerable, segun la experiencia ha demostrado, sin que inspire todo su podér á los buenos un terror excesivo: al menos así con noble altivez lo demostró en setiembre de 1869 el Ayuntamiento de la Habana, en una breve pero enérgica exposicion, altamente aplaudida por la gran mayoría de amigos de España en la isla, reconociéndolo así, al reproducirla en sus columnas, el *New-York Herald* mismo, el gran *Monitor* americano de la sublevacion de Cuba.

Sea como fuere, queremos creer que toca á su término una insurreccion que no ha podido prolongarse sino merced á la especialidad de condiciones topográficas y climatológicas; y por mas que se quiera acriminar á nuestro país, ello es incontestable que este no hace mas que lo que han hecho todos los demás países dueños de posesiones ultramarinas. Esa Inglaterra, de tan suave dominio, á la que tanto procura adular ahora el filibusterismo, ¿acaso no ha reprimido siempre con dura mano las muchas insurrecciones de sus colonias, las de Jamáica, por ejemplo, del Canadá y de la India oriental? ¿Qué no podríamos decir, si quisiéramos hablar de Irlanda, sin embargo de no ser Irlanda ninguna provincia colonial? pero no vayamos á parecer, solo por contestar á aduladores de la Gran Bretaña, enemigos de un pueblo al que por el contrario admiramos, á pesar de todo, y cuyas altas cualidades desearíamos ver mas imitadas. Antes que nosotros consignó Montesquieu en su *Espiritu de las leyes* la completa subordinacion de la política inglesa á los intereses comerciales, y nó por esto dejaba el inmortal escritor de admirar á la misma nacion británica, cuyas instituciones le inspiraron algunas páginas que parecen compuestas por un ingenio sobrehumano.

Bien le ha de ser permitido, pues, á España hacer lo que todas las naciones han hecho en iguales ocasiones; y los bravos defensores del suelo español en Cuba pueden estar seguros, los del ejército como los de las legiones voluntarias, de que en su gloriosa obra están realmente mereciendo bien de la patria.

Hemos concluido; pues aun cuando nos fuera muy fácil prolongar este escrito, parécenos basta lo expuesto para dar una idea general de la cuestion que en la actualidad está debatiéndose en Cuba, presentada naturalmente esa misma cuestion bajo nuestro punto de vista. Sabe Dios que no ha movido nuestra pluma ningun fin egoista, como sabe asimismo que no nos hemos pro-

puesto herir malamente á nuestros enemigos de Cuba, por mas que respecto de los mismos hayamos podido verter algunas expresiones tal vez harto vivas. Si así fuere, dénse estas expresiones por no escritas, pues deseamos persuadir, mas nó ofender. En realidad, la lucha de Cuba se ha de considerar como una guerra civil, y no ha de olvidarse que los enemigos de ahora pueden volver á vivir fraternalmente algun dia. No es nuevo el que en provincias apartadas del centro no vivan en la mejor armonía los naturales de las mismas y los hijos de la metrópoli: al contrario, semejantes espectáculos se han dado y se dan en todas partes con harta frecuencia. Sin duda ofrece la Historia varios ejemplos de colonias emancipadas de la madre patria por las armas, pero tambien ofrece muchos de emancipaciones frustradas; es decir, que respecto á este punto las decepciones son muy fáciles. Los irreconciliables de la insurreccion cubana podrán, si así les parece, mudar de patria; pero nos atrevemos á aconsejarles que antes mediten bien sobre la tan conocida como profunda exclamacion de Danton: «no puede uno llevarse la patria en la suela de los zapatos».

De todos modos, los peninsulares é insulares fieles que en Cuba luchan como buenos están perfectamente convencidos de que sostienen la causa de la dignidad nacional: lo están además de que no han de ser abandonados en su alta tarea, y durará su esfuerzo mientras durare la resistencia armada, siendo inútil añadir que no son ellos los que por ningun motivo hayan de bajar la frente, á no ser que se pretenda que solo para los españoles leales deje de ser cierta la antigua y noble máxima: *dulce et decorum pro patria mori.*

Barcelona 2 de Febrero de 1870.

Luis Cutchet.

9-052
Cut
R

H54159

Cutchet, Luis
La República cubana.

